CORINA

BOMANN

La rosa del viento

Traducción
Laura Manero Jiménez

MAEVA

Este libro es una obra de ficción. Cualquier parecido con nombres, embarcaciones, lugares y personas, vivas o muertas, es fruto de la coincidencia y no ha sido buscado. Sí es cierto, sin embargo, que muchos ciudadanos de la República Democrática Alemana y muchos otros de la República Federal de Alemania pusieron en peligro tanto sus vidas como las de sus familiares para huir hacia la libertad o ayudar a otros a conseguirlo.

Prólogo

La mujer se acomodó junto a la ventana en un sillón que estaba algo raído. Llevaba el pelo cortado al rape y cubierto por un pañuelo verde, su cuerpo enjuto casi desaparecía dentro de un vestido de hilo color beis. A su lado, en una mesita, tenía una grabadora de casete.

Como hacía ya un rato que no decía nada, alargó una mano y apagó el aparato, que emitía un suave zumbido.

Quién habría dicho que una grabadora de casete acabaría convirtiéndose en una reliquia de tiempos pasados, pensó. En su época, los jóvenes eran capaces de hacer cualquier cosa por conseguir una. Aguantaban colas durante horas, suplicaban a parientes del Oeste, sobornaban a dependientas. Habían luchado contra una escasez que ya nadie era capaz de imaginar.

En la actualidad, cualquiera tenía un reproductor MP3 o un teléfono móvil con el que escuchar música. Las tiendas estaban llenas de esos chismes, pero ella era incapaz de seguirles el ritmo a todos esos avances tecnológicos que evolucionaban cada vez más deprisa. Prefería hacer las cosas a la antigua. Sobre todo si se trataba de algo tan importante como ese deseo que le ardía en el alma desde hacía años.

Con esos cacharros modernos también se podía grabar la voz, desde luego, pero ¿cómo se le entregaba luego a alguien? ¿Se enviaba un archivo por correo electrónico o algo así? Eso le parecía absolutamente impersonal. Antes, como muestra de afecto, le regalabas a tu novio o a tu novia una cinta recopilatoria llena de canciones grabadas de la radio con muchísima dedicación. Ahora solo había que enviar una *playlist* por correo electrónico, y así iban cambiando todas las cosas...

Por eso le había sorprendido tanto que consiguieran encontrarle una grabadora de casete. Un amigo se la dejó encima de la mesa un día que fue a verla.

–¿Y qué es lo que quieres hacer con esto? –le preguntó.

–Dejar un testimonio –respondió ella, pero con una sonrisa, porque su amigo no estaba al corriente de la situación en que se encontraba.

Su mundo se había vuelto muy pequeño durante esos últimos años; ya solo le quedaba esperar, en realidad. El momento oportuno, el día oportuno, cartas, visitas.

Había tardado una eternidad en recibir aquella carta tan fundamental, pero por fin le había llegado y con ello había desencadenado una serie de acontecimientos que estaban en su punto culminante.

Abrió la tapa de la grabadora y sacó la cinta. En el fondo, también lo que había creado ella era una cinta recopilatoria. La cinta recopilatoria de una vida. No lo había contado todo, solo la parte más importante. Algún secreto había que llevarse a la tumba...

Paseó la mirada por la mesa hasta llegar a los folios que se apilaban sobre la pequeña cómoda. Esas fotocopias le habían ayudado a ordenar sus recuerdos.

También había redactado una carta. Estaba en lo alto de la pila, con la dirección y el sello puestos. Solo faltaba llevarla a correos.

Cuando lo hiciera, la espera comenzaría otra vez desde el principio. Aún le quedaba algo de tiempo. No mucho, pero con suerte el suficiente para explicar por fin lo sucedido tantos años antes. Para sacar la verdad a la luz y concluir de una vez aquello que había estado postergando durante tanto tiempo.

Primera parte
Annabel

1

La casa me cautivó ya en la primera visita, solo con verla por fuera. Los arbustos de saúco y las matas de zarzamoras bordeaban todo el jardín delantero, unos rosales trepadores se encaramaban por la barandilla del porche y llegaban hasta lo alto del frontón de madera, que estaba decorado con artísticas tallas.

Llevaba unos tres meses imaginando cómo sería trasladarme a vivir allí y pasear con mi hija por la playa buscando pechinas, liberada de la carga de esos últimos años catastróficos y de un pasado cuyo recuerdo había reprimido a causa del miedo.

Por fin había llegado el momento. El contrato de alquiler estaba firmado, los propietarios me esperaban, y yo me sentía tan emocionada como antes de una primera cita.

–Mamá, ¿hemos llegado ya? –me preguntó mi hija desde el asiento de atrás.

Leonie, mi angelito, se había pasado la mayor parte del viaje durmiendo, cosa que no era de extrañar, porque nos habíamos puesto en marcha muy de madrugada. En ese momento bostezó y se estiró.

–Sí, cielo, ya hemos llegado –respondí, y saqué la llave del contacto.

Debajo del capó del Volvo se oía un leve tictac. Aunque el coche tenía más de quince años, había realizado sin ningún contratiempo el largo trayecto desde Bremen, en el noroeste del país, hasta Binz, en el nordeste.

Después de que mi matrimonio fracasara, lo compré sobre todo porque era un coche muy fiable y podía transportar

mucha carga. Jan habría sacudido la cabeza en un gesto de censura, pero su opinión ya no era importante. Había intentado dejarla atrás, igual que también había dejado atrás, en Bremen, todas mis posesiones materiales.

Me apeé y desaté a Leonie de su asiento infantil.

–Mira, esa es nuestra nueva casa. ¿No te parece que tiene un jardín precioso y grande para jugar?

Mi hija abrió mucho los ojos, asombrada, y asintió con la cabeza.

El jardín trasero, que estaba separado del delantero por una valla de madera blanca, era un pequeño paraíso que habría despertado la envidia de cualquier revista de plantas y jardines. Había cenadores de diferentes maderas autóctonas y arriates en los que plantas y flores estaban dispuestas de una forma que parecía casual.Varios senderos se extendían junto a espesos rosales y se bifurcaban por delante de un pequeño huerto de plantas aromáticas.

Yo seguía sin comprender por qué el matrimonio Balder quería dejar esa casa para trasladarse al sur.

–¿Y papá vendrá a vernos aquí también?

La pregunta de Leonie me sacó con brusquedad de mis sueños ajardinados. Había cosas de las que era imposible escapar.

Mi hija echaba mucho de menos a su padre. Siempre esperaba que viniera de visita, y a mí siempre me dolía en el alma tener que mentirle cuando le prometía que lo haría. Pero ¿qué otra cosa iba a decirle? ¿Que su padre, aunque pagaba su manutención, en realidad no estaba interesado en hablar con ella ni en verla?

El dinero que entraba en mi cuenta corriente todos los meses era la única señal de vida que tenía de él desde que nos despedimos en los juzgados, y de eso hacía ya un año. Desde entonces, no había llamado para preguntar por Leonie. Ni siquiera en su cumpleaños. Jan había ordenado las transferencias automáticas de la pensión alimenticia y consideraba que con eso ya tenía el asunto resuelto.

–Tal vez venga, sí –respondí, conteniendo mis amargos sentimientos, y esperé que Leonie aceptara mi sonrisa.

Mi hija me abrazó y después bajó del coche de un salto.

Al darme la vuelta, vi que el dueño de la casa venía hacia nosotras.

August Balder, antiguo capitán de barco mercante que llevaba diez años jubilado. Con la camisa de cuadros que se había puesto y sus pantalones de pana, en lugar de un marino más bien parecía un jardinero.

Por suerte, tampoco la decoración del interior de la casa era demasiado marinera. Me había gustado su estilo sencillo, y por eso no me molestaba en absoluto que los propietarios quisieran dejar allí sus muebles. En Bremen, después de irme de la casa de Jan, también había vivido en un apartamento amueblado, así que para mí no era ningún problema. Las pocas cosas que había conservado cabían en unas cuantas cajas de cartón que ya había enviado unos días antes aprovechando la oferta de una compañía de transporte, y que los Balder habían sido tan amables de recoger por mí.

–¡Vaya, vaya, aquí tenemos por fin a las dos mozas! –exclamó el hombre mientras abría la verja del jardín.

–¡Buenos días, señor Balder! –contesté yo, y lo saludé con un gesto.

Le di la mano a Leonie y las dos nos acercamos a él.

–¿Han tenido buen viaje? –El señor Balder me ofreció un apretón de manos.

–¡Sí, mejor de lo esperado! –repuse–. Incluso el dique de Rügen estaba bastante vacío de coches.

–Han llegado en buen momento. –Consultó su reloj de pulsera–. Hace ya unas dos horas que el tráfico de hora punta ha pasado. Deben de haber salido de casa en plena noche, ¿verdad?

–No del todo, pero sí que era bastante temprano.

Tenía que reconocer que aún me sentía un poco espesa, lo cual, después de casi seis horas de coche por culpa de un atasco en Hamburgo, tampoco era de extrañar. Pasaban ya de las once de la mañana y lo que más me habría gustado hacer era volver a echarme a dormir. El señor Balder pareció leerme el pensamiento.

–Bueno, pronto podrá echarse a descansar un poco. Mi mujer y yo saldremos ahora mismo hacia Hamburgo y, desde allí, ¡directos a Fuerteventura!

–¡Qué gozada! Pero ¿no echarán de menos su casa? –pregunté. Por mucho que me gustaran las vacaciones, no acababa de imaginar cómo sería vivir todo el año en las islas Canarias ni en ningún otro archipiélago tan meridional.

–Eso ya lo veremos. Por lo que respecta a mi reúma, seguro que no añora en absoluto el frío de aquí. No tenga usted ningún miedo, que no vendremos a echarla. Y, quién sabe, tal vez en algún momento termine por decidir que quiere comprar la propiedad.

–Tal vez –contesté, diplomática, porque, aunque el sitio era precioso, una propiedad siempre conllevaba responsabilidades, y por el momento mi vida era todavía un poco inestable. ¿Y si, al cabo de una temporada, comprobaba que no me sentía a gusto allí? Además, no tenía previsto meterme en un crédito tan grande.

–Bueno, bueno..., tómeselo con tiempo y calma, señora Hansen. Tampoco es que nosotros tengamos ganas de desprendernos de esto a toda prisa. Pero, si hubiese que venderlo, ¡sí que nos gustaría que lo comprara usted!

–Muchas gracias, sé lo mucho que significa eso.

Balder se inclinó hacia Leonie.

–¿Y tú, señorita? Tú y yo no nos conocíamos aún.

Mi hija, que en esos momentos se había metido en la boca uno de sus rizos pelirrojos, se apretó contra mi pierna, pero le sostuvo la mirada con decisión. Una sonrisa reservada apareció entonces en el rostro de Balder. El viejo lobo de mar le había caído bien, por lo visto, aunque todavía no se atrevía a demostrárselo.

–¿Cómo te llamas? –siguió Balder.

–Leonie –contestó ella.

El hombre soltó una carcajada.

–¡Conque Leonie! ¿Sabías que tu nombre viene de «león»?

Mi hija puso unos ojos como platos y dijo que no con la cabeza. Hasta entonces nunca había preguntado por el

significado de su nombre, porque había otras cosas que le parecían muchísimo más interesantes. Con eso de que supiera de dónde venía, el señor Balder se la había metido en el bolsillo.

–Yo podría contarte un par de cosas sobre leones –continuó–. Incluso estuve una vez en África, y allí vi algunos.

–August, ¿es que no vas a invitarlas a entrar? –llegó hasta nosotros, con tono de reproche, la voz de Lucia Balder.

La mujer esperaba en el umbral de la casa y todavía llevaba una pierna escayolada. Se había caído por la escalera de madera que bajaba desde la propiedad hasta la playa. No porque la madera estuviese podrida, sino porque había ido con poco cuidado.

Yo misma había visto esa escalera y me había dado la sensación de que era muy empinada. Ese era, quizá, el único fallo que tenía la casa. De alguna forma tendría que impedir que Leonie bajase sola por allí.

–¡Ahora vamos! –repuso el señor Balder, y se adelantó.

La casa nos recibió con aromas de café, panecillos y bizcocho casero. No había contado con eso; pensaba que se limitarían a hacerme entrega de la llave nada más.

–Buenos días, señora Balder –saludé a la que todavía era la señora de la casa, y le di la mano. Aunque estaba algo impedida, la mujer no había podido resistirse a prepararnos ella misma esas delicias en el horno, tal como deduje al notar el calor que salía de la cocina–. ¿Cómo se encuentra?

–Cada vez mejor –respondió, y se señaló la pierna–. De momento ya me han puesto una escayola especial para caminar, así que al menos puedo viajar. Eso es lo que pasa siempre con los planes, ¿verdad? Los prepara uno con todo cuidado y luego siempre hay algo que se tuerce.

En eso tenía razón, y lo que se torcía solía ser tan grave que el plan entero se iba al garete. Yo habría podido escribir un libro al respecto.

–Bueno, pero me tienes a mí –dijo August mientras servía el café–. Te habría bajado del avión en volandas si hubiese hecho falta.

–Aun así, prefiero valerme de las dos piernas. Por suerte, mi médico tiene un conocido en Fuerteventura que me atenderá hasta que pueda volver a caminar con normalidad. Y, por suerte también, el vuelo no es demasiado largo. Pero todavía no me ha presentado usted a esta joven damisela. Que es su hija, se sabe solo con mirarla.

De hecho, Leonie se parecía bastante a su padre, pero la gente, por lo general, solo veía sus ojos verdes y su melena pelirroja, y esas dos cosas las había heredado de mí. Con algo de buena fe también podía añadirse a esa lista la nariz, pero yo de eso no estaba tan segura.

–Esta es Leonie –dije para presentarla.

Leonie «Corazón de León», como la llamaba yo a veces, por una antigua serie infantil que había caído en el olvido hacía tiempo.

–Un nombre muy bonito –repuso la señora Balder mientras le tendía una mano a mi hija–, y una niña muy guapa. Cuando sea mayor, tendrá usted yernos para elegir.

–Eso prefiero dejárselo a ella, que será quien tenga que vivir con él. Lo único que le pediré yo es que la haga feliz.

Leonie arrimó la mejilla a mi mano igual que un gatito. Afortunadamente, aún no sabía que ese asunto de los yernos era cualquier cosa menos fácil. Jan les cayó bien a mis padres, y ¿de qué me había servido? Bueno, tampoco es que lo hubieran elegido ellos, pero a veces me preguntaba si no deberían haberse mostrado un poco más críticos con él, quizá.

–Entonces su yerno la querrá mucho por ello –terció el señor Balder–. Pero siéntense, por favor. Con lo temprano que han salido, seguro que agradecerán un pequeño tentempié.

Media hora después estábamos contentas y con el estómago lleno, y los Balder se preparaban para partir.

–Espero que no le moleste que hayamos dejado algunos de nuestros libros –dijo el señor Balder cuando me entregó la llave.

A esas alturas habíamos comentado ya lo más importante: me había explicado cómo funcionaba la calefacción y dónde estaban la llave de paso del agua y la caja de los fusibles.

–No, no me molesta en absoluto –repuse.

–Lo que no quiera conservar, puede regalarlo con absoluta tranquilidad –añadió la señora Balder–. Todo lo que necesitamos nosotros nos está esperando en la nueva casa. –Una sonrisa apareció en su rostro al decir esas palabras.

Yo comprendía perfectamente su alegría ante la nueva etapa que los aguardaba.

Nos dimos la mano. Había llegado el momento. De repente sentí el corazón en la garganta. La última vez que había experimentado ese nerviosismo positivo fue cuando los Balder me aceptaron como inquilina.

–Y recuerde una cosa: lo que se sueña la primera noche que se pasa en una casa nueva, se hace realidad –comentó la señora Balder medio en broma mientras alcanzaba las muletas.

–Pensaba que eso era solo para las camas nuevas –repliqué.

–No, también sirve para las casas –insistió la mujer guiñándome un ojo, y dejó que su marido le ayudara a subir al coche.

Desde la puerta de entrada, contemplé cómo el señor Balder cargaba entonces la última maleta en el coche y subía también. Puso el motor en marcha y, poco después, el Mercedes salió de la propiedad. A partir de ese momento, la plaza de aparcamiento cubierta sería solo para mi Volvo.

Después de que se marcharan los Balder, la casa quedó sumida en el silencio. El viento susurraba entre los árboles y unos gorriones daban saltitos en el jardín delantero, iluminado por el sol.

Leonie seguía muy concentrada hojeando el libro de leones que le había regalado el señor Balder. La miré con una sonrisa y después fui a pasearme por las cuatro habitaciones de la casa.

El dormitorio era desde donde se tenían mejores vistas del jardín. Un enorme rosal silvestre exhibía sus capullos, que

estaban a punto de abrirse y no tardarían en inundarlo todo con su aroma. Algo más al fondo crecía un seto de rosa espinosa blanca junto a un estrecho sendero que conducía a un laberinto verde en cuyo centro había unos bonitos muebles de jardín blancos sobre una pequeña y linda terraza.

Comprobé que tanto los colchones como las sábanas estaban por estrenar. Una cama doble, demasiado grande para mí. Ya en Bremen me había sentido perdida en la cama de matrimonio desde que Jan había decidido «hacer más horas extras con mujeres a las que conocía en alguna feria de muestras. Al final se me olvidó lo que era eso de dormir con otra persona en la misma cama.

Desde el salón se veía el bosque, que abrazaba protectoramente la propiedad y al mismo tiempo, sin embargo, tapaba las vistas del mar, que solo se veía desde el desván.

Dejé por el momento las otras dos habitaciones de la izquierda –una de ellas tendría que transformarla todavía un poco para Leonie– y subí la escalera del desván.

La estancia de allí arriba estaba acondicionada, pero nunca le habían dado un uso concreto. Tal vez los Balder la habían mantenido libre para que su hijo pudiese trasladarse allí en caso de necesitarlo.

Me coloqué en el centro de la habitación, que estaba dividida en cuadrados regulares por los pilares desnudos, y mi imaginación hizo aparecer ante mí el despacho que me iba a montar allí. En una esquina habría también una pequeña «oficina» para Leonie, por si algún día no iba a la guardería. Le gustaba que la sentara a una mesa y le dijera que aquel era su despacho. Así se quedaba durante horas en su sitio, igual que yo cuando trabajaba en algún encargo, pero dibujando caballos y princesas.

Lo que más me gustaba era que hubiese espacio para una mesa de dibujo de verdad. En mi pequeño despacho de Bremen no había podido tener una.

De ese modo fui repartiendo mentalmente muebles por la enorme superficie e imaginé también la pequeña fiesta de inauguración que organizaría allí arriba para mi clientela.

A algunos, el viaje hasta Rügen les resultaría un poco largo, sin duda, pero tal vez lograra convencerlos usando la baza del mar. El lugar ideal para montar el bufet ya lo tenía, por lo menos.

Y allí, bajo esa ventana desde la que se veía el mar coronado de espuma al otro lado de los árboles, estaría mi escritorio...

El paraíso, volví a pensar. Aquello era un auténtico paraíso, y estaba convencida de que todo empezaría a cambiar. De que todo nos iría mejor.

2

—¿Qué me dices? ¿Dónde quieres que cuelgue el póster?

Leonie se mordía el dedo índice como hacía siempre que pensaba concentrada en algo. A sus cinco años, ya tenía unas ideas muy claras sobre cómo debía ser su habitación, y por eso dejé que fuese ella quien decidiera la disposición de lo que iba colgado a la pared, aunque nos llevara más tiempo.

Mi hija fue mirando una pared tras otra. Los muebles que había no eran de unos colores demasiado alegres; los Balder habían usado esa habitación como cuarto de invitados. Algo de remedio podríamos ponerle con las sábanas de princesas de Leonie, su mantita y sus peluches, y desde luego con sus pósteres, en los que posaban princesas con vestidos de color rosa, elfos y unicornios. Lo demás tendríamos que ir a comprarlo al centro de la ciudad de Binz, a las afueras de la cual se encontraba nuestra casa, sobre un pequeño promontorio.

–¡Ahí! –decidió al fin mi princesita, y señaló un punto de la pared que quedaba por encima de la cama.

–¡Muy bien! –contesté yo, y lo colgué.

Acababa de pegar las últimas tiras de cinta adhesiva cuando sonó mi móvil. Lo rescaté de la mesa y vi el número de un cliente nuevo al que le había presentado un proyecto para un posible encargo mientras aún estaba haciendo las cajas del traslado. Mis probabilidades de conseguir el trabajo no eran especialmente buenas, ya que entre mis competidores se contaban dos grandes agencias de publicidad con bastante renombre. Su llamada hizo que se me acelerase el pulso.

¡Seguro que no se tomaba tantas molestias solo para rechazar mi oferta!

–Annabel Hansen, diga –contesté al teléfono.

–Hartmann, del Meerblick –repuso mi interlocutor.

Se me ocurrió que esas tres palabras juntas sonaban casi como un nombre nobiliario, aunque Joachim Hartmann no pertenecía a la nobleza, desde luego.

–Hola, señor Hartmann. ¡Me alegro de oírle! –exclamé antes de caer en un silencio expectante. ¡Venga, va!, gritaba algo en mi interior. ¡Desembucha!

–¿Qué tal, señora Hansen? ¿Ha llegado bien a Binz?

–Sí, gracias. Llevamos toda la mañana deshaciendo maletas.

Le lancé una mirada a Leonie, que en esos momentos estaba ocupada colocando sus pequeñas figuritas en el alféizar de la ventana.

–Me alegro. ¿Cree que mañana tendría tiempo de pasarse un momento a vernos? Nos gustaría mucho hablar con usted sobre el nuevo proyecto.

–¿Significa eso que van a adjudicármelo?

Me quedé de piedra. Tuve que hacer un gran esfuerzo para conseguir contenerme y no ponerme a gritar de alegría. ¡Mi primer encargo en la casa nueva! Ya sabía yo que me traería suerte.

–Sí, se lo vamos a adjudicar. De todas las propuestas, la suya es la que más nos ha convencido. Mañana me gustaría comentar un par de detalles con usted antes de marcharme de viaje. Así, después tendrá tiempo más que suficiente para desarrollar la campaña.

–Mañana me va de maravilla –confirmé enseguida, aunque todavía no tenía ni idea de dónde dejaría a Leonie. La plaza de la guardería no quedaba libre hasta el lunes, y el día siguiente era viernes. Tal vez la niña no tuviera nada en contra de ir a dar un pequeño paseo conmigo por la ciudad–. ¿Le importaría que llevara a mi hija? No puedo dejarla en la guardería hasta el lunes que viene.

–Ningún problema –me aseguró Hartmann–. ¿A las once le parece bien?

–¡Sí, desde luego!

Sonreí para mis adentros. La casa nueva sí que parecía traerme suerte de verdad.

Después de colgar, me sentí como flotando entre nubes. Había deseado con todas mis fuerzas poder ocuparme de la campaña publicitaria del Hotel Meerblick, en Sassnitz. No solo porque Joachim Hartmann pagaba bien, sino porque el emplazamiento del hotel era único. Desde su elevación, dominaba prácticamente todo el puerto de Sassnitz, en el que se podían ver entrar y salir a los barcos. Incluso decían que había un submarino. No estaba segura de si a Leonie le apetecería mucho la idea de ir, pero mi hija se mostró entusiasmada.

El Meerblick también era algo así como el proyecto más personal de Joachim Hartmann, que en los últimos años había fundado su propia cadena de hoteles. Para equipar el edificio había contratado a un famoso arquitecto de interiores, y lo único que le quedaba por hacer era lanzar una campaña publicitaria adecuada que transmitiera a los posibles visitantes la idea de que en su establecimiento disfrutarían de una estancia como en ningún otro hotel de la zona.

–¡Mami, mami! –me llamó Leonie de pronto desde la cocina.

Mi hija había salido de la habitación sin que me diera cuenta mientras yo hablaba por teléfono.

Alarmada, me sobresalté como cada vez que la perdía de vista y, de repente, me llamaba. Sabía que era una tontería, pero siempre sentía ese miedo a que pudiera haberle pasado algo.

Entré corriendo en la cocina con el corazón a mil por hora.

Leonie se había levantado la sobrefalda floreada del vestido y señalaba un gato que se había colado por la puerta abierta de la casa. El animal, de pelaje gris y atigrado, se asustó al verme y se encogió mientras me vigilaba con sus ojos verde amarillento.

¿Se habían olvidado los Balder de llevarse a su mascota?

–¡Mira, un gatito! –exclamó Leonie, emocionada–. ¿Nos lo podemos quedar?

Apenas había dicho eso, el animal aprovechó la oportunidad para escapar. Su ágil cuerpo desapareció como el rayo por la puerta hacia campo abierto.

–¡Gatito! –gritó Leonie, y echó a correr tras él sin pensárselo dos veces.

–¡Leonie! –la llamé yo, y corrí para alcanzarla.

Cuando llegamos al jardín delantero, el gato ya no estaba por ninguna parte, por supuesto.

–¿Dónde se ha metido? –preguntó mi hija mientras escrutaba los arbustos.

–Seguro que cuando menos te lo esperes vuelve a aparecer –dije, porque, aunque no había crecido en el campo, sabía que los gatos solían frecuentar siempre los mismos lugares, sobre todo si eran sitios donde no los querían–. Ven, vamos dentro a seguir con tu habitación. Puede que el gato venga a vernos otra vez más tarde.

A pesar de que ese día todo había salido a pedir de boca, no conseguía quedarme dormida. Mientras escuchaba el susurro del viento que se había levantado hacia el anochecer y que mecía los árboles, no podía evitar recordar lo que la señora Balder me había dicho antes de partir: que lo que soñara esa primera noche acabaría haciéndose realidad.

No era supersticiosa, porque, si creyera en esas cosas, a mi edad tendría que trabajar de conductora de tranvía; justo eso era lo que había soñado cuando me fui a vivir con Jan a nuestro piso común.

Sin embargo, en cierto modo me inquietaba que en mis sueños pudiera colarse algo negativo. Algo que yo no deseara. Nada debía arrebatarme mi buenos presentimientos en ese nuevo comienzo.

Cuando los párpados empezaron a pesarme como el plomo y todos mis pensamientos angustiosos se esfumaron, me

vi transportada de nuevo a una cocina. Era una cocina muy vieja y anticuada, y también bastante pequeña. Estaba en un edificio de nueva construcción y eran los años ochenta. Eso último lo supe al ver el calendario de la pared, que mostraba la página del 17 de septiembre de 1985. Sobre un tendedero plegable, en primer término, colgaban trapos de cocina, y más al fondo se veían otros secos, que parecían haber quedado muy tiesos. Algo golpeteaba en la cocina mientras en el salón se oía el ruido de un televisor encendido. Hasta mí llegaba una voz nasal, masculina, que debía de estar dando las noticias.

Yo estaba sentada a una mesa. El mantel de hule de topos azules estaba algo desgastado en las esquinas y tenía unos pequeños cortes que estropeaban el estampado. A mi madre a veces se le escapaba el cuchillo del pan de la tabla de cortar, con lo que cada pocos meses teníamos que ir a los almacenes para intentar conseguir un hule nuevo. A veces era muy difícil, sobre todo cuando hacía tiempo que se habían agotado las existencias y ni siquiera les quedaban manteles de estampados feos.

Qué curioso que se me ocurriera pensar eso justamente en ese momento, cuando lo que yo quería, en realidad, era hacer un dibujo. Ante mí tenía una caja de pinturas con las pastillas muy gastadas. El agua donde lavaba el pincel de plástico, con cerdas negras y un poco estropeado ya, había adquirido un singular tono lodoso. No era de extrañar, porque había utilizado casi todos los colores. Así lo hacía siempre que pintaba cualquier cosa; me aseguraba de usar todos los colores que tenía a mi disposición.

Yo era mi yo de hacía unos veintinueve años: una niña pelirroja y con pecas, no mucho mayor que mi propia hija, y estaba tan concentrada en el dibujo que no me di cuenta de que mi madre entraba por la puerta de la cocina.

–Bella, ahora tienes que dejar de pintar, que enseguida empezará el programa de irse a dormir.

–Solo un ratito más –pedí sin apartar la mirada de mi obra.

–Mañana podrás seguir pintando –dijo mi madre, y se puso a recoger todos mis trastos.

La observé con tristeza mientras se llevaba la caja de pinturas y el vaso de agua, pero no quise soltar mi dibujo.

–Mejor déjalo aquí, que la pintura no está seca todavía –me advirtió mi madre.

Aun así, no quise entregárselo. Era mi obra maestra, el mejor dibujo que había hecho jamás. Estaba convencida de ello.

Por fin mi madre dio su brazo a torcer y dejó que me lo llevara al salón, donde me acomodó en un sillón tapizado con una basta tela roja. A veces, cuando jugábamos, ese era mi trono, aunque uno de los brazos estaba algo raído.

Me arrellané en el sillón con mi dibujo y sentí que de repente me pesaba mucho el cuerpo. Se me cerraban los ojos, y eso que era el día que en el programa de irse a dormir daban un cuento del señor Fuchs y la señora Elster. Pero nada, no conseguía aguantar despierta. Justo entonces empezó a sonar la sintonía del programa, pero la oí lejana y distorsionada, y entonces todo se quedó a oscuras.

Cuando desperté de nuevo, vi una luz azul que lanzaba destellos. Todo lo demás estaba oscuro, lo único que brillaba era esa luz que, a intervalos de un segundo, iba iluminando a personas y vehículos. Oía voces, pero como si vinieran de muy lejos. No comprendía lo que estaba ocurriendo, así que cerré los ojos y esperé volver a dormirme enseguida para soñar con alguna otra cosa, con algo bonito... Porque estaba convencida de que esos coches y esa luz azul no eran más que parte de un sueño, o de una de esas series policiacas que mi madre veía a veces...

Me desperté sobresaltada. Tenía el camisón empapado por el sudor y pegado al cuerpo, el corazón me latía desbocado. Oía el murmullo del viento y los susurros de los árboles; desde lejos me llegaba el rumor del mar azotando la orilla. Aunque sabía dónde estaba y que lo que había visto quedaba muy atrás, tardé un buen rato en quitarme esas imágenes de la cabeza.

Ese sueño era un viejo conocido mío. Habían pasado varios años desde la última vez que lo soñé, pero ahí lo tenía de nuevo, obsequiándome con el mismo pánico que me invadía cada vez que recibía su visita.

Cuando todavía era una niña, casi siempre soñaba con aquella noche: la última noche que estuve con mi madre. No recordaba muchas cosas de ella, pero ese último rato que pasamos juntas se me quedó grabado a fuego en la memoria, junto con la fecha. De nada habían servido todos los intentos que hicieron en su momento por conseguir que olvidara lo sucedido. No, ni yo misma había podido reprimir el recuerdo. De vez en cuando volvía a emerger y me advertía de que, bajo la fachada de la Annabel adulta, que lo tenía todo controlado, existía también una Annabel pequeña, que no sabía por qué la había abandonado su madre. Esa pequeña Annabel a quien no dejaron de repetirle que, en efecto, su madre se había deshecho de ella, hasta que se lo creyó.

¿Y qué decía la Annabel adulta al respecto? Hacía ya tiempo que no pensaba en si mi madre me había abandonado de verdad, o si todo aquello no había sido más que una mentira de los funcionarios del Partido.

Pero ¿por qué no había vuelto a pensar en ello después de la reunificación de Alemania?

¿Y por qué lo hacía justamente ahora?

Me quedé mirando al techo. El corazón me latía con fuerza. También hacía bastante tiempo desde mi última taquicardia. Una amiga me aconsejó que en esos casos abriera una ventana y me destapara. Sin embargo, lo que necesitaba era otra cosa.

Recorrí el pasillo de puntillas y con el corazón palpitante. Era una tontería, pero en ese momento sabía que no podría volver a dormirme hasta que lo encontrara. El dibujo.

Durante todos esos años, siempre había viajado conmigo metido en una carpeta. Nadie más que yo sabía de su existencia. Daba igual adónde me trasladara, siempre lo llevaba escondido. Jamás había encontrado el valor para deshacerme de él; era el único testimonio que me quedaba de mi antigua vida.

Fui al salón y, con la certeza de un sonámbulo, encontré la caja donde lo guardaba. No habría sabido decir en qué paquete estaba mi vestido rojo, o el despertador con orejitas de gato, pero sí sabía exactamente dónde había metido el dibujo. Arrastré la caja con manos temblorosas y, sintiendo que me fallaban las rodillas, la abrí.

Primero tuve que revolver entre muchas otras cosas: bufandas, bolsitas con horquillas para el pelo, una caja con sellos antiguos que utilizaba para decorar las tarjetas de felicitación... Debajo del todo había algunas muestras de trabajos, y ahí la encontré.

La carpeta en la que guardaba mi dibujo tenía la misma edad que yo. Lo sabía porque alguien había escrito el año de mi nacimiento en ese cartón, ahora descolorido. No tenía ni idea de cuál había sido el uso originario de la carpeta, pero en el lugar destinado al nombre se leía «Silvia Thalheim». Alguien lo había borrado con goma, o por lo menos lo había intentado; el negro de la mina había desaparecido, pero la marca que había dejado la punta del lápiz seguía ahí. Y sin duda ahí estaría hasta que, algún día, alguien tirara la carpeta a la basura.

Un escalofrío me recorrió la espalda al retirar las gomas que la cerraban. La abrí. Solo contenía ese dibujo. Una representación descolorida de una niña delante de un molino de viento. La niña estaba de pie en un campo lleno de flores y sostenía un globo en una mano. Su cuerpo era un sencillo triángulo pintado de rojo y tenía el pelo de color amarillo, igual que el sol gigantesco que se veía por encima de las aspas del molino. Era el dibujo que había hecho la noche antes de que todo cambiara. Vacilante, acaricié el molino, pero aparté la mano al ver que un poco de pintura se resquebrajaba del papel.

Era el último dibujo que hice en nuestra cocina, el último dibujo que vio mi madre antes de desaparecer de mi vida y abrir un profundo abismo en mi interior.

–Mami –oí que me llamaba mi hija desde el pasillo–. Mami, ¿dónde estás?

Al instante regresé al aquí y al ahora. Leonie se había despertado.Volví a guardar la carpeta del dibujo en la caja a toda prisa y me levanté.

–¡Estoy aquí, cielo! –exclamé, y fui a la puerta del salón.

Mi hija me miró con los ojos muy abiertos.

–¿Qué estabas haciendo? –preguntó mientras apretaba en un abrazo a su conejito de peluche rosa.

–No podía dormir y me he puesto a mirar en las cajas.

–¿Qué buscabas? –quiso saber.

Aunque solo tenía cinco años, era imposible engañarla. Siempre me descubría el juego.

–Nada en concreto –respondí, y la levanté en brazos–. Solo quería comprobar que no me he olvidado nada.

Detestaba mentir a mi hija, pero tampoco quería hablarle de ese dibujo. Todavía no. En algún momento lo haría, aunque..., ¿qué iba a contarle? Lo que me había ocurrido en aquel entonces se perdía en la niebla. Siempre lo había ocultado con tanta facilidad que ni yo misma sabía ya qué era lo que había sucedido exactamente. Además, me guardaba mucho de remover en el pasado.

–¿Quieres venir a mi cama? –le propuse a Leonie con la esperanza de que olvidara sus preguntas.

–¡Ay, sí! –exclamó entusiasmada.

Mi plan había surtido efecto. Me la llevé a esa cama tan grande en la que había puesto sábanas limpias, le canté una nana y la tuve abrazada hasta que se le cerraron los ojos y su respiración se hizo profunda y regular.